



Maestros tejedores de sociedad

Entrevista a Luis Fernando Ramírez, Director del Departamento Administrativo de Acción Comunal.

Diana María Prada Romero



En la Escuela de Tejedores de Sociedad se reconocen alegres y vitales muchos jóvenes animados por intereses diversos, a veces son maestros y a veces son alumnos. Es una gran familia y, como tal, no necesita de reglamentos impuestos, horarios y notas. A ratos, parecen cómplices a punto de hacer una picardía o juegan a ser audaces y construir con pasión. Otras son un puñado de seriedad, disciplina y tesón.

Han roto con lo que la "escuela del debe" para hacer lo que les agrada, los proyecta, motiva y compromete como seres y trabajadores comunitarios. Esto, según Israel, uno de los tejedores y rebeldes con causa, es lo más bello del proyecto promovido por el Departamento Administrativo de Acción Comunal, DAACD.

Llegan los que tienen ganas, allí aprenden a no tener miedo a equivocarse, a reconocerse en la diferencia, a comprometerse con lo que hacen y a desplegar en cada experiencia todas sus capacidades.

Los maestros son arañitas tejiendo sus telarañas, esos insectos, como los llama Israel, llegan sin saber el camino, pero con el ánimo de descubrirlo, y cuando lo encuentran ya han quedado prendidos en sus redes. Es un proyecto que los impulsa a caminar por ellos mismos, a convertirse en personas valiosas para sí mismos y su comunidad. Aquí se encuentran, dice Israel, desde el pelao bien que tiene recursos, hasta los que "ya les cortaron los servicios" con una cosa en común: querían hacer algo con su vida.

Luis Fernando Ramírez su director, le susurra a Aula Urbana sus sueños para motivar más encuentros entre los electrones que, afortunadamente, a veces están perdidos en la ciudad haciendo muchas cosas interesantes.

Diana María Prada Romero: *¿qué fuerzas contribuyeron a la formación del tejedor de sociedad?*

Luis Fernando Ramírez: una es la soledad que me ha acosado casi todos los momentos de mi existencia. Desde niño, realmente, ha sido muy difícil encontrar personas con quienes dialogar y compartir mis inquietudes. Entonces, eso me ha hecho sentir la necesidad, casi obsesiva, de buscarlas y al encontrarlas encaramelarme con ellas como amigos y cómplices para soñar.

Otro factor es el fracaso escolar, en mi caso fue difícil sobrevivir a la institución educativa, perdí tres años del bachillerato por matemáticas, fui diagnosticado casi con retardo mental e incapacidad de coronar un bachillerato, en fin, eso acrecentó mi soledad. Cuando el profesor, Nicolás de Torentino Mosquera, me acercó a la belleza de las matemáticas, fue como un renacimiento a los 18 o 19 años. Entonces, comencé a sentir una gran confianza en que el mundo se podía transformar y crear un tejido social consistente, a partir de aproximar a la gente al conocimiento, a la racionalidad, a una comprensión del mundo que le diera un poco más de seguridad.

Después, entré a estudiar Ingeniería en una época en la cual los jóvenes encauzaban la natural rebeldía por dos vías o nos íbamos al monte a vengar a Camilo Torres o a la sesenta a hippiar, tuve el privilegio de encontrar la vía intermedia de la pedagogía a la cual me consagré y dediqué toda la vida. Fui acusado de faltón, cobarde, traidor.

Durante mucho tiempo cargué esa culpa, pero tenía la convicción de que estaba haciendo una revolución. Hoy, por fortuna, el tiempo me ha concedido algo de razón.

D. M. P. ¿Qué es para usted la pedagogía?

L. F. R. El animal humano es el único que tiene un proceso educativo sustancial, los otros le dedican un mínimo de tiempo, nosotros le invertimos años. Es una ventaja comparativa con respecto a las otras especies, otra es que somos los únicos que podemos intencional hacia dónde se dirige el proceso educativo. Cualquier otro animal está programado genéticamente para transmitir a su especie, nosotros tenemos la libertad de decidirlo. En todos los animales hay educación, hay algo que se podría llamar una didáctica, unas técnicas para la transmisión de estos saberes, nosotros somos los únicos que contamos con pedagogía, o sea, el espacio en el cual decidimos qué queremos ser. La brújula del proceso educativo es la pedagogía, lo otro es didáctica.

D. M. P. ¿Dónde y cómo se forman los educadores-as competentes para contribuir a mejorar la calidad de vida de las personas en la ciudad?

L. F. R. Creo que la pedagogía es un arte y al artista es muy difícil formarlo, a él hay que descubrirlo y creo que al pedagogo también. Eso confirma que tenemos que construir en nuestra cul-

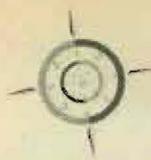
tura un paladar, una sensibilidad especial para detectar dónde hay un maestro y valorarlo. Hay que buscarlo con la linterna de Diógenes porque es la mayor riqueza que puede tener una sociedad, aquellas personas que nos ayuden a proyectar las nuevas generaciones.

No necesariamente son maestros que se encuentren dentro de la educación formal; a veces están en una panadería, en una fábrica, en el colectivo de madres comunitarias. Tres grandes maestros, además del profesor Mosquera, influyeron en mi vida, Messié Yandal del colegio Refús, Manuel Vinet en el Juan Ramón Jiménez y Carlos Federicci en la Universidad Nacional y en el Colegio Italiano, pero además encontré otros en el mundo de la vida, como dicen, en la escuela de la esquina, he tenido compañeros de trabajo y jefes de quienes aprendí mucho. Por ejemplo, en una época vendí tapetes, mi manejador en ventas es una de las personas de quien más he aprendido. También de mi abuelo, un campesino, que creo que no pasaba del cuarto grado. Él silbaba y las vacas lo seguían y le salían de la boca una serie de cosas que yo todavía recuerdo con sorpresa de niño.

D. M. P. ¿Qué caracteriza a los tejedores de sociedad?

L. F. R. Los comparo con el carbono. Somos una sociedad donde todavía estamos atrapados en el individualismo, nos cuesta trabajo construir lazos con los otros, es una sociedad de gases nobles, o sea, sociedad de gente que no hace enlace con nadie, que no logra jugar en equipo como el Pibe Valderrama.

El carbono es tan valioso porque construye enlaces tan sólidos que son capaces de generar el acero, los cauchos, en fin, casi toda la vida se fundamenta en



su estructura, de manera que la astucia se le parece. El tejedor de sociedad debe ser una persona que tenga como paradigma de comportamiento social la estructura del carbono, o sea, el que toma conciencia de su vulnerabilidad, de su debilidad como ser solitario y que la única forma como puede construir fortaleza, poder y posibilidades de supervivencia para todos es construyendo lazos con los otros para tener un tejido social que constituya una fortaleza política desde la base. No esa sociedad que hoy tenemos, dependiente.

D. M. P. ¿Cómo es el maestro del Proyecto Escuela de Tejedores de Sociedad?

L. F. R. Es un catalizador que debe generar un espacio de crecimiento, más que enseñar. Ha sido muy difícil que tengan ese perfil de maestros alternativos, un poco jalando hacia el anarquismo, hacia la liberación de notas y formalismos de la escuela. La idea es básicamente que allá el trabajo no sea, como Don Miguel Formaguera decía: "esa maldita maña de nosotros los maestros a estar siempre enseñando". Entonces no se trata de ir a enseñar, Karl Popper en alguna parte en su autobiografía hace un reconocimiento a su maestra de primeros años y dice "le agradezco a fulana de tal que fue quien me enseñó las letras y los números porque es lo único que hay que enseñarle a un ser humano, lo demás es un problema de clima".

A lo que nosotros aspiramos en la Escuela de Tejedores de Sociedad es a generar un clima que no sea solamente de un sitio sino de la ciudad para que nos permita encontrarnos más abiertamente los unos con los otros, más despojados de miedos y prevenciones y que ese encuentro permita que los saberes los compartamos y que la ciudad se convierta en una red, algo así como una

"legión de ángeles clandestinos", como la llamaba Raúl Gómez Jatin y que la red se articule y sirva para compartir lo que sabemos y conocemos, resolvamos nuestros miedos y comencemos a proyectarnos más consistentemente al futuro y, así, pararnos en la cancha como es.

D. M. P. Se refiere a la educación formal como un fracaso ¿por qué llamar entonces al proyecto Escuela de Tejedores de Sociedad?

L. F. R. El proyecto busca que la escuela sea toda una ciudad, pretende liberar la pedagogía de esa cárcel en la cual está encerrada hace muchos, muchos años. Hace unos tres mil años, de pronto, aquellas personas que habitaban los espacios descubrieron la posibilidad de consolidar poder que había en los espacios educativos y resolvieron someter el proceso a control, entonces encarcelaron la pedagogía en algunas instituciones.

En un principio talvez fueron los templos a donde se ingresaba para saber cosas. En Egipto para aprender, por ejemplo, trepanación de cerebros, fermentación del trigo, momificación, medida del suelo, había que ingresar al templo y allí vivir una iniciación de dos años, en los cuales no se enseñaba nada. Lo único que se calibraba era si la persona era leal al Faraón y ahí sí se le enseñaba. De alguna manera de eso viene la institución educativa, creo que es un encarcelamiento de los procesos de circulación de saber que normalmente se tienden a dar en todo colectivo social y se vuelve un club de gente con una jerga rara y que le cuesta trabajo insertarse en el mundo.

El caso de Antanas Mockus es valioso, habiendo podido ser simio de pasarela y academia, tuvo el valor de salir y sentarse en un escritorio tan complicado como el de la Alcaldía o el mismo Paul Bromberg quien también era un típico animal de academia y hoy está allá, me consta que le ha costado mucho trabajo romper ese cordón umbilical, pero ha mostrado que ese conocimiento adquirido es también

importante, porque no invalida ciento por ciento la academia, creo que es muy importante porque constituye un espacio para profundizar en ciertas especificidades. Lo que cuestiono es cierta arrogancia y distanciamiento de la academia del resto del mundo y cierta artificialidad, se vuelven unos habladores de jerga y, fi-



nalmente, el mundo termina perdiendo la antena a tierra. Entonces en la medida en que es un aislamiento del tejido social, en que no hay intercambio con el resto de la sociedad, se vuelve como un pantano de aguas estancas, de pronto comienza a oler a podrido.

D. M. P. ¿En ese contexto, cuál es el maestro que se necesita y cuáles son las responsabilidades que tiene en la actualidad?

L. F. R. Un maestro que se comprometa con el mundo. Entonces se trata un poco de construir un proceso educativo más ligado con la vida, que restituya una unidad del animal humano que la institución educativa destruyó. Porque la institución educativa separa el homo sapiens, el homo faber y el homo ludens. Si miramos un gato cazando está produciendo, conociendo y jugando y en todos los animales estos tres elementos están integrados, mientras que en la institución educativa le dicen estudie primero y produzca después y, ojo, no se divierta porque esto no es estudio, entonces se está haciendo una cosa bien tediosa y aburrida para que el maestro sienta que lo que hace es serio.

Se trata de recuperar el potencial educativo que hay en las canchas deportivas, en los puntos sociales y de trabajo. En todos los sitios donde interactúan seres humanos es susceptible instaurar allí un espacio educativo, en la medida en que las relaciones sean educativas y, lo son en la medida en que se cumpla lo que el profesor Federicci dice en cuanto a la relación educativa: "que solo está si es recíproca, es decir, si la transformación de un sujeto es causa y al mismo tiempo efecto de la transformación del hombre. Entonces, es distanciarnos del tablero, tratar de aprovechar las posibilidades de construcción del conocimiento que hay en el hacer, es aplicar un proverbio chino que dice: "quien oye olvida, quien ve recuerda, quien hace comprende". Se aprende matemáticas haciéndolas, entran por la mano, no por los ojos.

